

EL GOBIERNO DE BORIC:

DE LA DISPUTA POR LA EDUCACIÓN PÚBLICA A LA ADMINISTRACIÓN DE LA EDUCACIÓN NEOLIBERAL



María Loreto Serra Rodríguez
Profesora de Historia
Vocera Nacional de
MUD



Rodolfo Lama Tauler
Profesor de Filosofía
Vocero Nacional del
MUD

A pocos meses de concluir el gobierno de Gabriel Boric, trabajadoras y trabajadores de la educación continuamos enfrentando, desde nuestros espacios laborales, el persistente abandono de lo *público*. Las condiciones de infraestructura en muchas escuelas son críticas, los equipos pedagógicos y de convivencia se encuentran sobrecargados, las tensiones en las relaciones escolares se vuelven cada vez más evidentes y la incertidumbre respecto al traspaso a los Servicios Locales de Educación abunda. Este escenario refleja no solo el desgaste de los vínculos sociales, sino también la acumulación de precariedad en las vidas de estudiantes y docentes, así como el efecto de una violencia estructural que atraviesa nuestras comunidades, la sociedad y el mundo. A ello se suma un currículum estandarizado que limita la posibilidad de desplegar aprendizajes orientados a la construcción de lo común, cuando precisamente lo *público* debería sostener la experiencia de convivir, dialogar y crear colectivamente, reconociendo nuestras particularidades.

Mientras tanto, las decisiones políticas se toman en ámbitos distantes, entre pactos y negociaciones que dejan atrás las promesas programáticas, y que de espaldas a las actorías educativas difícilmente se corresponden con la realidad cotidiana en aulas, patios y salas de docentes. En estos años no solo

no llegaron los cambios prometidos; asistimos, en muchos aspectos, a un claro retroceso. Se señaló en el programa de gobierno el fin del SIMCE, la democratización de los Servicios Locales de Educación Pública (SLEP), la transformación del financiamiento para garantizar condiciones dignas que permitan enseñar y aprender. Hoy, nada de eso ha ocurrido y ya no aconteció.

El gobierno ha optado por administrar el modelo heredado, perpetuando las lógicas de gestión del mercado educativo sin avanzar hacia una desmercantilización real. Sí, es cierto que la correlación de fuerzas en el Parlamento no era favorable, pero **que un Presidente, que en sus años de dirigencia estudiantil luchó contra la educación de mercado y un Ministro de Educación, profesor y comunista, hayan renunciado incluso a la batalla de las ideas respecto a la educación que necesita el pueblo, es una mancha que no se borrará tan fácilmente.**

Mientras esto ocurre, en paralelo las derechas han desplegado una ofensiva restauradora que busca reinstalar -desde el Congreso- los principios del modelo neoliberal originario: retorno a la selección escolar, postergación de los SLEP en comunas de mayor poder económico, y un relato que deslegitima la escuela pública y culpabiliza al profesorado y estudiantes por las violencias en la comunidad. Esta

ofensiva encuentra eco en un Ejecutivo que, en vez de oponerse con claridad, cede ante las condiciones impuestas por quienes defienden abiertamente el lucro, la competencia y la desigualdad como pilares del sistema.

Un ejemplo alarmante es la reciente indicación N° 62 del Proyecto de Ley sobre Convivencia Escolar, patrocinada por el propio gobierno, que permite a los sostenedores instalar dispositivos tecnológicos de detección de armas —pórticos de seguridad— en establecimientos educacionales. Esta medida no sólo contradice principios básicos de la educación como práctica de libertad, sino que promueve una pedagogía del miedo, propia de una visión autoritaria y punitiva. Lo más grave es que esta lógica policial se impone sobre el abandono estructural: no hay presupuesto para fortalecer los equipos ni apoyo a docentes sobrecargadas/os, pero sí se abre la puerta con recursos públicos —¡para eso sí hay dinero!— al control, a la vigilancia, y a la estigmatización. Es al menos paradójico imaginar una visita del actual presidente “progresista” a una escuela, debiendo pasar por debajo de uno de estos aparatos que su propio gobierno instaló.

Pero el abandono no es sólo material. Es también simbólico y político. Mientras se mantiene intacto el modelo de financiamiento basado en el *voucher*, se posterga la promesa de un cambio al sistema de financiamiento de la Educación Pública. Esos lugares —escuelas y liceos— donde en noviembre se posarán las urnas para decidir los destinos del país, siguen tan abandonados como siempre, independiente de quién porte la banda presidencial. La frustración es doble: mientras se abandonan las transformaciones estructurales, se cooptan las promesas progresistas. El Frente Amplio, que alguna vez levantó un discurso de ruptura con el modelo de mercado, ha terminado gestionando su continuidad. La promesa de participación

resolutiva de las comunidades escolares quedó reducida a estructuras consultivas sin poder real. La ley de Nueva Educación Pública (NEP) se ha consolidado como una reforma administrativa que reproduce la lógica gerencial del sistema, lo que hemos caracterizado como proceso de *endoprivatización*. La democratización ha sido postergada o falseada. La desmercantilización, abandonada y devuelta en bandeja a sus fundadores.

Como expresión de aquello, a nivel pedagógico termina imponiéndose una racionalidad tecnocrática que concibe la escuela como unidad de rendimiento, no como espacio de formación integral ni de justicia social. Se continúa reduciendo el trabajo docente a cifras y resultados, promoviendo una creciente despedagogización del oficio: el saber profesional es desplazado por lógicas de control externo, y la escuela se ve forzada a responder a estándares que no reconocen su complejidad, ni sus contextos, ni sus sujetas/os.

Algunos analistas han llamado a esta situación un “cogobierno” en educación. En la práctica, esto se traduce en una cesión permanente del Ejecutivo a las condiciones impuestas por las derechas desde el Parlamento. Ejemplo de esto fue el acuerdo por la Ley de Presupuestos 2025, donde se aceptaron 25 condiciones, varias de ellas orientadas a desarmar los avances de la Nueva Educación Pública y del Sistema de Admisión Escolar (SAE). La ofensiva conservadora se acompaña de un relato que demoniza lo público, responsabiliza a docentes por la “crisis educativa”, criminaliza el movimiento estudiantil (hace unos meses nada más, el Alcalde de Santiago se refirió a las y los estudiantes organizados como “*sicarios de la Educación Pública*”) y promueve un sentido común autoritario y regresivo. Así, mientras desde arriba se reinstala el miedo, desde abajo se nos exige suturar la grieta social, consolar a las infancias, sostener lo insostenible desde nuestra mermada profesión docente y complejas

condiciones para ejercer la pedagogía.

Organización y unidad ante la crisis y la prolongación de la gestión de la escuela neoliberal.

Pero el profesorado ha sabido y sabe de resistencias. Desde diversas organizaciones educativas, hemos insistido en que *otra* educación pública no sólo es posible, sino necesaria y urgente. Se ha propuesto una agenda concreta y situada: **financiamiento basal** que reconozca las desigualdades territoriales y sociales; **democratización efectiva** de la gestión y del currículum, que devuelva agencia a las comunidades escolares; y una **transformación pedagógica** que recupere el sentido formativo de la escuela como espacio de construcción de lo común. No hablamos desde la técnica ni desde el escritorio: hablamos desde la experiencia de la sala de clases, del consejo de profesoras/es, de educar en contextos adversos, con compromiso ético, con conciencia crítica, y con voluntad de transformación.

Este 2025, la coyuntura electoral vuelve a presentarse como un callejón sin salida: por un lado, el ascenso de las derechas radicalizadas que promueven un neofascismo que amenaza con el retroceso en derechos y sin duda impacta en lo pedagógico; por otro, la continuidad de un progresismo liberal que ha renunciado a disputar el modelo. La candidatura de Jeannette Jara sintetiza esta tensión: una figura con atributos personales y políticos relevantes —mujer, comunista, de origen popular y única representante de un amplio sector— pero sostenida por una coalición que incluye a partidos que han sido operadores del neoliberalismo y que están lejos de compartir el horizonte de una educación pública estatal-comunitaria y feminista. ¿Qué transformaciones pueden esperarse si las fuerzas que sostienen la candidatura ya han demostrado su disposición a negociar sus principios por gobernabilidad?

Mientras todo se resuelve por arriba, nosotras y nosotros seguimos sosteniendo la escuela por abajo. Y no como metáfora: sostenemos la escuela con nuestra creatividad, con horas que nadie paga, con intervenciones que deberían ser políticas públicas, con el afecto que resiste la lógica de la eficiencia. Sostenemos la escuela, incluso cuando el sistema nos precariza, nos culpabiliza y nos invisibiliza.

Por eso, más que adaptarnos a lo posible, creemos que es tiempo de volver a pensar en lo necesario. No como consigna, sino como camino: recuperar el horizonte de una Educación Pública Estatal-Comunitaria y Feminista que ponga en el centro la vida, los saberes situados, el trabajo colectivo, la justicia social. Volver a pensar el currículum como proyecto cultural, la escuela como comunidad de sentido, y el trabajo docente como acto político y emancipador. **Frente a la amenaza de la restauración autoritaria y al reformismo sin ruptura, lo que urge es reconstruir el proyecto histórico de una educación verdaderamente pública.** El magisterio cuenta con propuestas para aquello, las cuales son parte de una tradición y esfuerzo colectivo histórico, nacional y continental, de construir la educación que necesitan nuestros/as estudiantes, colegas y familias.

Hoy más que nunca, disputar el sentido de la escuela es también disputar el futuro de nuestras comunidades. Y esa disputa empieza en el aula, pero no termina ahí. Las y los docentes críticos tenemos responsabilidades dentro y fuera de las fronteras de la escuela. Así lo demuestra la historia. Estamos atravesando un tiempo de resistencia y de recomposición, en el que nos urge sostener procesos de mediano y largo plazo, capaces de fortalecer nuestra voz y constituirnos como fuerza transformadora. La esperanza se juega en lo cotidiano, en cada gesto creativo y en cada práctica pedagógica que, aunque parezca pequeña, alimenta horizontes más amplios de justicia y dignidad.

